

voz del Padre San Francisco: "Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡lámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo".

Aunque el de Arguedas es un relato literario, en la vida social eventos de esta índole también ocurrieron. Los elementos que expresaron la subversión del orden estuvieron dados a través de la acción violenta directa, pero también a través de sueños, juegos, danzas, y en todos los casos nunca faltaba el componente religioso. En efecto, existe una estrecha relación entre las prácticas de orden religioso sincrético y los actos de resistencia.

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, el carácter y el contenido de las luchas de las clases subalternas comenzaron a cambiar sustancialmente con la aparición, desarrollo y organización de la clase obrera industrial, predominantemente urbana, sin descuidar el importante papel que desempeñaron los mineros, sobre todo en Chile y Bolivia. Las tensiones estallaron más fuertemente con la crisis de 1930, cuando a la efervescencia anterior se sumó el reclamo de los sectores medios.

En este marco, Perú fue escenario de otra gran manifestación de acción colectiva de las clases subalternas: la Gran Sublevación del Sur (1920-1923), que logró trascender los marcos locales y constituyó una de las primeras impugnaciones a la dominación oligárquica. En efecto, las movilizaciones rurales fueron muchas, pero ninguna tuvo la fuerza suficiente como para elaborar una estrategia que apuntase a desestabilizar el poder del Estado (por otra parte, de precaria institucionalización). En el caso de la Gran Rebelión del Sur, los levantamientos indígenas avanzaron sobre las poblaciones y haciendas mestizas, incendiándolas y destruyéndolas, en gran medida incentivados por las matanzas de indígenas a manos de gamonales. El dato singular es que de estos levantamientos participaron indígenas de afuera y de adentro de las haciendas, en una escala regional que superó los límites localistas de las protestas anteriores. Surgieron líderes indígenas y campesinos que articularon el movimiento en una ideología milenarista que, aunque difusa, recuperaba la más genuina tradición indígena y la ponía en diálogo con el Estado. En ese entonces, el Gobierno de Leguía había interpelado al "indio". Es en este contexto de avivamiento de los reclamos que los levantamientos lograron articularse en un movimiento más amplio. Sin duda, la crisis económica no fue un factor ajeno.

La Guardia Civil del Gobierno de Leguía reprimió a los rebeldes, pero la agitación general no pudo frenarse, aunque se espació y aminoró su intensidad. Los años veinte estuvieron signados por reivindicaciones indigenistas y el surgimiento de las ideas socialistas, articuladas en un importante movimiento intelectual del cual José Carlos Mariátegui fue, sin duda, uno de sus principales referentes. Varios delegados de los subcomités de Puno y Cusco del Comité Pro Derecho Indígena Tahuantinsuyo se hicieron eco de las sublevaciones. A partir de 1923, Leguía, inicialmente permeable a la interpelación de los indígenas, torció definitivamente el rumbo. Los delegados del mencionado Comité fueron presos o muertos y el reformismo leguista muy pronto mostró sus ribetes de autoritarismo.

Diferentes formas de disolución de la dominación oligárquica

Las primeras formas de reacción antioligárquica surgieron, casi invariablemente, como demandas de democracia política y ampliación de la Nación, significativamente en ámbitos urbanos. En definitiva, para ciertos grupos, la cuestión era construir un orden en el que los individuos efectivamente pasasen de su condición de súbditos —primordialmente titulares de deberes— a la condición de ciudadanos —titulares de deberes y de derechos y en el que finalmente la Nación fuera inclusiva de la diversidad latinoamericana.

En estas situaciones, las clases involucradas se mostraron, una vez más, estructuralmente débiles. Por un lado, los sectores dominantes exhibieron el horror burgués por la movilización de las clases subalternas y su eventual desborde e incontrol, de lo cual buena prueba había sido la rebelión de *Tupaq Amaru y Tupaq Katari* y, sobre todo, la revolución haitiana, un siglo antes. Por otro lado, la dificultad para desarrollar la democracia política en América Latina debió mucho a la continuidad del clientelismo como categoría que se superponía y persistía junto a otras categorías de ordenamiento horizontal como las clases sociales.

En algunos casos, estas luchas llevaron a algunas formas de democracia política, a pesar de la valoración negativa que tuvo la democracia por entonces, tanto desde la derecha como desde la izquierda. En efecto, en Europa, y como una de las consecuencias de la primera posguerra, se cuestionó fuertemente la democracia liberal. Para algunos, esta aparecía en el mundo europeo más como una petición de principios que como una realidad. En general, en América Latina, mucho más que en Europa, la democracia política quedó postergada para un futuro impreciso, en todo caso, ni siquiera mediato.

La revolución social: México, 1910-1940; y Bolivia, 1952-1964³⁴

Como ya se ha visto en el capítulo 3, Theda Skocpol renovó la teoría de las revoluciones y los debates sobre ellas, al retomar la distinción entre revoluciones políticas y revoluciones sociales. Skocpol redefinió esta última de manera tal que

34. Esta sección presenta una comparación de los procesos revolucionarios de México y Bolivia, que desde luego no agota el conjunto de problemas y la secuencia histórica de cada uno. Ofrecemos una breve cronología de las fases políticas y sociales de las revoluciones, abordando dimensiones relevantes como: las condiciones iniciales, las presiones internacionales, el resultado revolucionario, los sujetos revolucionarios (sus demandas y sus relaciones), el alcance de la reforma agraria y el Estado emergente. Estos ejes nos parecen pertinentes para dar cuenta de cómo las revoluciones fueron desarticuladoras de la dominación oligárquica. En el capítulo 6 del tomo II, volveremos a compararlas con la Revolución Cubana, para dar cuenta del significado de las revoluciones en el proceso de construcción de la democracia.

la convirtió en un instrumento conceptual y analítico preciso. Digámoslo una vez más: "Lo que es exclusivo de la revolución social es que *los cambios básicos de la estructura social y de la estructura política ocurren unidos*, de manera tal que se refuerzan unos a otros. Y estos cambios ocurren mediante *intensos conflictos sociopolíticos*, en los que las luchas de clase desempeñan un papel primordial" (Skocpol, 1979: 4, las itálicas son nuestras).

¿Cuáles fueron esos "conflictos sociopolíticos" que propiciaron los cambios simultáneos de la estructura social y de la estructura política? En México, la crisis económica, agrícola e industrial, que afectaba a ricos y pobres, se entroncó con una crisis política que estalló cuando Porfirio Díaz puso sobre el tapete la cuestión de la sucesión presidencial. En 1910, Madero presentó su candidatura por el Partido Antirreeleccionista. Como se ha dicho, era hijo de una de las familias más ricas de México y un profeso intelectual del liberalismo político. Fue apresado antes de que pudiera presentarse a las elecciones. Así, en un proceso signado típicamente por el fraude, Díaz resultó electo por séptima vez. Fugado de la cárcel y ya en el exilio, Madero levantó la bandera del "sufragio efectivo y no reelección", y con esto inició un proceso revolucionario que solo más tarde revelaría su carácter social.

En Bolivia, la insurrección política iniciada en abril de 1952 estuvo conducida por un partido que ya tenía trayectoria en el escenario político nacional, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), una organización creada en 1941 con el concurso de un grupo de intelectuales, en su mayoría abogados de clase media, que combinaba difusamente nacionalismo y algunos elementos del socialismo.³⁵ A diferencia de México, en Bolivia la fase armada y violenta de la revolución duró apenas unos días y se cobró bastantes menos muertes. El MNR no irrumpió en la escena con un programa de reformas nuevas, sino que en alguna medida retomaba las previstas por el fracasado Gobierno de Villarreal (1943-1946).

Su acción se desarrolló en una sociedad básicamente rural, signada por profundas desigualdades y por la exclusión de la mayoría de la población. Según el censo de 1950, el 72% de la población económicamente activa trabajaba en la agricultura y actividades conexas, pero solo producía el 33% del PBI, claro indicador el anacronismo del sistema de hacienda. En efecto, la díada latifundio-minifundio, con su brutal y desigual reparto de la tierra —el 6% de los hacenda-

35. El concepto e incluso la mera expresión "clase media", con sus equívocos y ambigüedades, tiene en Bolivia un carácter aún más complicado, pues la condición de clase está permeada por la condición étnica. Así es como suele incluirse como miembros de ella a los blancos-mestizos, aunque sus ingresos sean bajos, y excluirse a los indígenas urbanos (los llamados "cholos"), incluso aunque dispongan de capital acumulado (por lo general, vía el comercio informal), lo cual incluso los hace parte, estrictamente, de la pequeña burguesía. "Clase media" y "pequeña burguesía" no son sinónimos, aun cuando la segunda es, o puede ser, parte de la primera.

dos con más de mil hectáreas controlaba el 92% de toda la tierra cultivada en el país y, por añadidura, tan subexplotada que, en promedio, cada una ellas solo cultivaba el 1,5% de su extensión, mientras que en el otro polo, el 60% de los campesinos propietarios, con 5 o menos hectáreas apenas poseía el 0,2% del total de tierras para cultivo—reproducía, con persistencia de larga duración, la estructura rural colonial—, que era completada con la existencia del servicio personal de los indígenas campesinos para con su hacendado, su familia y capataces. Esta obligación —pongaje o servicio de pongo— era tan explotadora que exigía incluso servir al patrón en su residencia urbana. El hacendado disponía, pues, de fuerza de trabajo gratuita más la provisión de semillas, herramientas y hasta los animales de labranza y el transporte de la cosecha, todo a cargo de los campesinos. Como es obvio, ello implicaba una mínima inversión de capital por parte de los hacendados, la utilización de tecnología rudimentaria y atrasada, empleo de semillas de baja calidad y, por ende, niveles de producción y productividad tan bajos que no llegaban a satisfacer las necesidades alimentarias de la población, lo cual obligó a la importación de alimentos (el 20% en 1950-1952), incluyendo productos típicamente andinos como los tubérculos. En la síntesis de Herbert Klein (1994: capítulo VIII), a quien seguimos aquí, ese sistema mostraba su verdadera cara: ineficaz, improductivo, injusto y explotador.

En este período, dentro del partido, y en la medida que las presiones recibidas desde Estados Unidos aumentaron, los sectores más cercanos a un nacionalismo acusado de fascistoide fueron marginados y en su lugar cobró fuerza la corriente conducida por Víctor Paz Estenssoro, de carácter popular y favorable a la interpelación de los obreros. De hecho, Paz Estenssoro estrechó vínculos con la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. Al mismo tiempo, tomó forma la oposición, organizada en torno al recién creado Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR), de corte stalinista. En 1946, una revuelta popular con sede en la ciudad de La Paz puso fin a la experiencia del MNR y Villarreal. Hubo persecuciones y exilios. Los dos grandes enemigos eran el MNR y el preexistente POR; en cambio, el PIR se subsumió en una estrategia colaboracionista con las vetustas fuerzas oligárquicas, argumentando la lucha contra el fascismo. En 1949, el MNR ensayó nuevamente la vía insurreccional, pero otra vez la experiencia fue frustrada. No obstante, hubo un evidente deterioro político de las fuerzas tradicionales y de las de sus aliados: el Ejército y el PIR.

En las elecciones de mayo de 1951, los candidatos del MNR, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo, arrasaron con la mayoría de los votos. Las elecciones fueron anuladas por el Ejército, respaldado por los magros apoyos de los sectores oligárquicos y la derechista Falange Socialista Boliviana (FSB). En abril de 1952, estalló una insurrección en varios departamentos del país, conducida por Siles Suazo y por Juan Lechin Oquendo, dirigente y líder del ala izquierda del MNR (y con buenas relaciones con el POR). Durante tres días, los insurrectos dieron sólido combate a las fuerzas militares. Los mineros bajaron

a las ciudades armados con sus cartuchos de dinamita —instrumento de trabajo devenido armamento—, los campesinos también velaban armas y en las ciudades hubo facilidad de acceso a ellas desde el momento en que el jefe de Carabineros, vinculado al MNR, abrió los arsenales al pueblo. El ejército fue incapaz de resistir la insurrección popular y esta se tornó triunfante cuando Oruro cayó en manos de los revolucionarios. El MNR y el heterogéneo grupo de clases subalternas que encabezaba (pobladores de los suburbios, obreros mineros, campesinos) coincidían en un claro objetivo: la lucha antioligárquica contra el poder de “la Rosca”.

En México, Madero enseguida pactó con los porfiristas disidentes para afianzar su poder, particularmente con un grupo de los denominados “científicos”, que seguían bregando por la modernización e industrialización del país. Durante su mandato (1911-1913), no desestructuró las redes de poder porfiristas ni tampoco llevó adelante cambios socioeconómicos sustantivos. Esto le propinó fuertes conflictos, tanto por parte de los sectores dominantes como por parte de los sectores populares. Pero como afirma Fernando Mires (1988: 197), “sin duda, el máximo error de Madero fue haber dejado intacto el principal reducto de los porfiristas: el ejército”. En efecto, el general Victoriano Huerta, pretendidamente fiel al maderismo, contó con un arma única para llevar adelante, con éxito, la contrarrevolución.

En 1914-1915, el Ejército federal porfirista fue definitivamente derrotado, y no fueron menores los aportes militares de los jefes populares Emiliano Zapata en el sur y Doroteo Arango, más conocido como Pancho Villa, en el norte. Pero como legado quedó un conjunto de fuerzas heterogéneas, que se habían reunido contra un blanco común y que ahora pujaban en sentidos divergentes. En efecto, los intereses de Huerta, contrarrevolucionario; de Venustiano Carranza, originario de Coahuila y heredero del maderismo derrotado y portavoz de la gran burguesía que bregaba por el cambio; de Álvaro Obregón, representante de los intereses de Sonora; de Zapata, jefe de los campesinos sublevados del sur, y de Villa, caudillo de los sectores agrarios movilizados del norte, eran demasiado heterogéneos para ser fácilmente unificados.

Tras la breve pero sangrienta dictadura que inició Huerta después de vencer a Madero, en 1915, el poder pasó a manos de Carranza, el nuevo jefe revolucionario de una revolución que ahora se erigía contra el jefe militar contrarrevolucionario, Huerta. Con la bandera del constitucionalismo, Carranza, consiguió afirmar cierta unidad nacional y articuló con audacia política y militar los intereses de los sectores tradicionales con los de la revolución. Así, los principales conflictos políticos parecían resolverse en esta síntesis y continuidad histórica que era el carrancismo. Empero, los conflictos sociales siguieron azotando a un México que poco se había modificado en su estructura fundamental de clases.

En Bolivia, desde el inicio, el MNR se había apoyado en una alianza informal con los obreros mineros y los campesinos, en la que el partido era claramente

dominante y supo guardar el control sobre las fuerzas populares. En buena medida, esta capacidad de control era resultado del carácter pragmático de la organización partidaria, capaz de reunir a fuerzas sociales y políticas dispares unidas básicamente, como se dijo antes, por su posición antioligárquica. Así, el MNR —como, más adelante, el Movimiento 26 de Julio en Cuba— fue una organización flexible en cuanto a ideología y doctrina, lo cual facilitaba su política de alianzas, al menos en las instancias claves o decisorias. Todo esto redundó en una cierta estabilidad de la coalición revolucionaria, ausente en México. La relación con el movimiento obrero, que el MNR había cultivado desde antes del estallido social de abril de 1952, se estrechó aún más con la creación de la Central Obrera de Bolivia (COB), en ese mismo mes. En razón de la fuerza de los sectores obreros —en particular, los mineros, sujeto social central de la revolución cohesionado, organizado y con objetivos propios bien definidos—, la COB se constituyó inmediatamente en órgano de cogobierno. Lechín asumió como ministro de Minas y Petróleo, además de desempeñarse como jefe de la COB. Durante esta primera fase, el proceso revolucionario estuvo entonces conducido por el predominio de la alianza del MNR con la clase obrera.

En el México carrancista, el jefe revolucionario no logró imponer a su candidato y asumió la presidencia Obregón (1920-1924), jefe militar en el que Carranza había confiado para reclutar apoyos en la región del norte-este del país (Sonora y Sinaloa) y vencedor del villismo que disputaba el poder desde el norte (especialmente, Chihuahua). Obregón, a diferencia del anterior presidente, tuvo éxito al imponer a Plutarco Elías Calles como sucesor (1924-1928). En los diez años que corrieron entre 1924 y 1934, Obregón y Calles lograron la centralización del poder, primordialmente con la institucionalización del poder militar (Escuela Nacional de Guerra) y del poder político (Partido Revolucionario Nacional). En 1928, Obregón fue reelecto pero, antes de tomar posesión, murió asesinado. Con esto, se inició el período conocido como “Maximato”, una suerte de dictadura encabezada por Calles, que en 1929 se autoproclamó Jefe Máximo de la Revolución, ejerciendo el poder de hecho durante las presidencias de Emilio Portes Gil (1928-1930), Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) y Abelardo L. Rodríguez (1932-1934). Así concluía la fase de guerras civiles que tuvieron como saldo más notorio el asesinato de todos los sucesivos jefes revolucionarios: Madero en 1913; Huerta en 1916 (ya en la cárcel, en Estados Unidos); Zapata en 1919; Carranza en 1920; Villa en 1923 (en el contexto de la pelea por la sucesión presidencial y la rebelión de Adolfo de la Huerta); a las que se sumó, ya en la fase de institucionalización, la de Obregón en 1928.

Durante el Maximato, hubo una política verdaderamente hostil a la profundización de los objetivos sociales de la revolución, esto es, los de los campesinos movilizados. El programa de reforma agraria se fue diluyendo en una política de tinte conservador. Incluso hubo intentos por eliminar las ligas campesinas. En el plano económico, la revolución todavía no había avanzado con decisión en el

sentido de revertir la penetración económica del capital extranjero, y el Maximato se limitó a orientar la modernización económica, con intervención del Estado, a mejorar las relaciones de dependencia de México, pero no a extinguirlas. En este contexto, el Partido eligió a Lázaro Cárdenas como candidato a presidente. El "Plan Sexenal" de Calles lo cubría de cualquier intento de extralimitación política del futuro presidente. Sin embargo, a fines de 1933, durante la segunda convención del Partido, se introdujeron algunos cambios. Principalmente, se radicalizó la política agraria, que con la presidencia de Cárdenas alcanzaría su punto culminante de expansión.

En Bolivia, el relevante papel de los trabajadores en la primera fase de la revolución llevó a algunos sectores de clase media a restar su apoyo al MNR (transfiriéndolo a la reaccionaria FSB), amén de preocupar al Gobierno norteamericano (para el cual el boliviano era más marxista que comunista). En ese contexto, algunos perspicaces dirigentes "descubrieron" al campesinado, que rápidamente se convirtió en el "factor de contrapeso" del proletariado (Mires, 1988: 260). Simultáneamente, Estados Unidos —sin demasiados intereses económicos afectados por la revolución—, pese a las reservas que desde los años cuarenta (cuando lo consideraba fascista) tenía respecto del MNR, optó por disponer un "plan de ayuda" que, entre 1952 y 1964, otorgó a Bolivia 398.200.000 dólares bajo la forma de préstamos, asistencia militar, fundaciones sociales y otros subsidios, convirtiendo al país en el mayor deudor de Estados Unidos en América Latina y en el mayor del mundo en términos per cápita. La "ayuda" económica, parte de la cual contribuyó a resolver problemas de abastecimiento alimentario, tuvo un precio político nada menor. En este sentido, la respuesta del Gobierno norteamericano a la Revolución Boliviana fue diametralmente diferente a la adoptada ante la Revolución de Octubre en Guatemala (1944-1954), menos radical, y a la que pocos años después tendrá frente a la de Cuba. Una de las razones que explica esta diferencia se relaciona directamente con la economía: Estados Unidos no tenía en Bolivia latifundios afectados por la Reforma Agraria, ni empresas expropiadas y/o confiscadas. Otra era de carácter estratégico: la ubicación geográfica del país se tornaba aún más relevante en razón de la orientación política de sus vecinos Argentina y Brasil, donde se desarrollaban los gobiernos nacionalistas y populistas de Juan Domingo Perón y Getúlio Vargas, respectivamente.

La presencia del imperialismo norteamericano fue de una magnitud tal que, como resume Mires (1988: 263), bajo "el gobierno ideológicamente más nacionalista de la historia de Bolivia, la dependencia económica alcanzó su apogeo". Así, con la Gulf Oil Company al frente, las empresas norteamericanas "se adueñaron prácticamente de todo el petróleo boliviano". Durante el Gobierno de Siles Zuazo, se adoptaron programas "estabilizadores" impulsados por Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional, que provocaron la caída del salario real obrero y el distanciamiento de los trabajadores respecto del Gobierno, inclu-

yendo la apelación a la huelga. En el plano político, entrelazado con el de la economía, Estados Unidos impuso, a partir de 1953, la refundación de las Fuerzas Armadas, que habían sido destruidas por la insurrección de abril y reemplazadas por las milicias obreras y campesinas. Las nuevas Fuerzas Armadas, con oficiales formados por los norteamericanos en Panamá, se convirtieron rápidamente, junto al movimiento campesino —de allí el llamado "pacto militar-campesino", vigente hasta 1979, por lo menos—, en el principal sostén del gobierno del MNR y en el freno a la potencial radicalización del proletariado.

El triunvirato revolucionario —Paz Estenssoro, Siles Zuazo y Lechín Oquendo— debía constituirse en la secuencia de ejercicio presidencial. Así, tras la gestión del primero (1952-1956), Siles se desempeñó durante 1956 y 1960. En las elecciones de 1960, en consecuencia, Lechín debía ser el candidato del MNR, todavía fuertemente apoyado por el movimiento obrero, que a la vez era un dique al avance de la muy derechista FSB. La fuerte presión del Gobierno norteamericano, a la que se sumaron los sectores moderados de la Revolución, frustró el acuerdo. Siles, ubicado a la derecha de Paz Estenssoro, era consciente de que la ruptura con Lechín y la izquierda debilitaría considerablemente al partido, de allí su renuencia a ceder. Lechín, a su vez, renunció a su candidatura y así Paz Estenssoro se convirtió en el candidato del MNR y fue elegido nuevamente, con Lechín como vicepresidente. Empero, las diferencias entre ambos se hicieron mayores a lo largo del cuatrienio, hasta llegar a la ruptura. A Paz le correspondió "el triste papel de la capitulación", ya que rompió con la izquierda y continuó con el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas (Mires, 1988: 264). Lechín fue expulsado del MNR en 1964 y creó el Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN). En las elecciones de ese año, Paz Estenssoro fue candidato una vez más, acompañado por el general René Barrientos Ortuño, un oficial de la novísima Fuerza Aérea (creada en 1957), como vicepresidente. El MNR venció holgadamente, pero en noviembre Barrientos dio un golpe de Estado, desplazó a Paz y puso fin al proceso revolucionario.

Barrientos fue legitimado mediante elecciones en 1966, mas no pudo completar su mandato, que ejerció dictatorialmente, pues falleció en un extraño accidente aéreo en 1969. Durante su Gobierno, nombró al alemán Klaus Barbie —un nazi refugiado en el país, donde era conocido como Klaus Altmann— como asesor de los servicios de inteligencia del Estado y presidente de una compañía naviera estatal sospechada de tráfico ilegal de armas. Barrientos fue, también, uno de los responsables del asesinato de Ernesto Che Guevara, tras su detención en octubre de 1967.

En su estudio sobre las revoluciones sociales, Skocpol (1979: 3-33) estableció tres principios de análisis de los procesos revolucionarios: la perspectiva estructural (no voluntarista) de sus causas y proceso; una referencia sistemática a las estructuras internacionales y a los acontecimientos de la historia universal, en particular la rivalidad entre Estados y la bancarrota económico-financiera de